



Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario
Biblioteca Oscar Garat
Facultad de Ciencias de la Comunicación

CONJURAR EL DESAMPARO
FIGURACIONES DEL OTRO EN ESTUDIANTES SECUNDARIOS CORDOBESES

Yair Buonfiglio
Margarita Barrón

Cómo citar el artículo:

Buonfiglio, Yair; Barrón, Margarita. (2013). "Conjurar el desamparo figuraciones del otro en estudiantes secundarios cordobeses". Ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.
Disponible en Repositorio Digital Universitario

Licencia:

Creative Commons [Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)



Conjurar el desamparo

Figuraciones del otro en estudiantes secundarios cordobeses¹

Yair Buonfiglio²

Margarita Barrón³

Palabras clave: Culturas juveniles, escuela secundaria, subjetividades emergentes, participación estudiantil, reconstrucción de lo público.

Resumen:

En el marco de diagnósticos más extendidos acerca de los efectos sociales del neoliberalismo y sus legados posneoliberales, ha sido común ligar a los jóvenes con la apatía, el desinterés por lo público, la descolectivización o el desencanto ante los mecanismos tradicionales de intervención. Desde tales coordenadas, los agrupamientos juveniles y sus prácticas han sido interpretados, frecuentemente, en términos de contracultura, formas de resistencia o búsqueda de alternativas ante las instancias institucionalizadas de participación.

Nuestra investigación –cualitativa y etnográfica- procura recoger y analizar, desde una perspectiva que integra recursos procedentes de la sociosemiótica, la antropología y los estudios culturales, los sentidos que circulan en torno al “grupo juvenil”, espacio de participación extracurricular que ofrece una escuela preuniversitaria cordobesa. Allí, alumnos de todos los cursos, cuyas edades

1 Artículo presentado en el I Congreso Internacional de Humanidades y Ciencias Sociales, organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba en 2013.

2 Profesor Asistente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba y Profesor Adjunto en la Universidad Nacional de La Pampa. Correo electrónico: yair.buonfiglio@unc.edu.ar

3 Profesora Titular plenaria en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Directora de la Especialización en Adolescencia.

oscilan entre los 10 y los 19 años, se integran alrededor de diferentes actividades que ellos mismos organizan. En las voces de los jóvenes –obtenidas mediante entrevistas abiertas y en profundidad-, “el grupo” aparece como un espacio que propicia la construcción de sólidos vínculos entre pares, el hacer colectivo, el sentimiento de comunidad y la emergencia de referentes horizontales despegados de la tradición adultocéntrica.

En el contexto de una modernidad tardía signada por sociedades resquebrajadas, instituciones erosionadas, autoridades cuestionadas y estados deslegitimados, podemos reconocer, en estas grupalidades, estrategias para conjurar el desamparo y la intemperie emocional que, como afirma Hopenhayn, han atravesado la historia de estos sujetos nacidos a fines de los '90. Pero los procesos recientes, marcados –según Saintout- por la reconstrucción del Estado, la reaparición de la política como mecanismo viable y convocante para la transformación social y el creciente protagonismo de los jóvenes en la escena pública, nos permiten pensar también en estos sujetos-adolescentes como emergentes de una época donde el otro, símbolo de lo colectivo, adquiere consistencia y fuerza instituyente.

I - Jóvenes: pistas para pensar un interrogante.

Tanto en escenarios académicos como en el colectivo social extendido, la juventud –y todo lo vinculado con ella –aparece, con frecuencia, entre signos de interrogación. Los jóvenes preocupan y cautivan, tal vez porque para diferenciarse de las generaciones precedentes suelen inventar signos que no son fácilmente decodificables por el ojo adulto, es decir, por el ojo legítimo. Habitan una suerte de extranjería simbólica y provisional que los convierte en extraños ante un entramado semiótico al que, sin embargo, en la mayoría de los casos terminarán por integrarse.

Es que la invención de la juventud ha estado ligada, al menos en occidente, con un período de tránsito, una “moratoria social” (Margulis y Urresti, 1998), que da lugar a dos operaciones paradójicas. Por un lado, la reproducción de los valores y

de las prácticas que posibilitan la permanencia de la cultura. Por otro, la invención de lo novedoso, la creación de lo diferente, esos valores tan caros a la Modernidad pero, sobre todo, al capitalismo. Los jóvenes parecieran ser el punto donde el pasado se anuda con el futuro y, quizás por ello, son a menudo objeto de miradas disímiles que construyen narrativas heterogéneas.

En efecto, se ha afirmado con insistencia (Mc Laren y Giroux, 1998; Ricoeur, 1996, entre otros) que las identidades se forjan en la escena discursiva y que son, por lo tanto, provisorias, efímeras, polemizables y resistibles. Pero también se ha dicho que, en sociedades como la nuestra, no todos los discursos gozan del mismo estatuto (Foucault, 2005) y que, en consecuencia, algunas voces pueden nombrar el mundo con más firmeza y resonancia que otras.

Al respecto, investigaciones recientes (Chaves, 2010; Saintout, 2009 y 2013) nos muestran el modo como los discursos dominantes construyen y hacen circular – sobre todo a través de las industrias culturales – representaciones acerca del sujeto joven. Florencia Saintout (2013) reconoce tres estereotipos que resultan de esta operación: el joven apático, el joven peligroso y el joven exitoso. El primero sería aquel adolescente frívolo, descomprometido, sin interés por –entre otras cosas – la vida política o los saberes que ofrece la escuela. El segundo, ligado a los sectores sociales que la cultura mediática estigmatiza no sólo por su condición juvenil, se vincula con los excluidos del sistema, con aquellos que –no importa por qué –viven en la periferia de la ley y representan, en consecuencia, una amenaza para el ciudadano incluido cuya seguridad se afirma en el derecho a la propiedad privada. El tercero es el joven integrado, consumidor, cuya síntesis exhiben los héroes de las telenovelas para adolescentes: personajes que articulan un abundante capital estético con un horizonte de preocupaciones que se reduce a problemas o conflictos de orden puramente subjetivo. Eventualmente, también ingresan en la última categoría los “jóvenes-modelo”: casos de individuos extraordinariamente estudiosos, honestos o solidarios cuya excepcionalidad ratifica la negatividad de la regularidad, es decir, de la juventud como sujeto social.

Es que, de acuerdo con las narrativas hegemónicas, no pareciera haber sitio en la vida de los jóvenes contemporáneos para involucramientos ciudadanos que generen transformaciones en el orden colectivo. Y esta idea no sólo se sostiene desde las tribunas mediáticas: como han mostrado los trabajos de Chaves (2010) y Saintout (2013), la teoría del joven como sujeto deficitario se legitima también en discursos científicos procedentes de áreas diversas tales como la pedagogía, la psicología, la sociología e incluso las ciencias biológicas. Los jóvenes aparecen, en consecuencia, como los sujetos sobre los cuales se debe intervenir, ya sea para acercarlos a los valores de la “buena sociedad”, para ahuyentar los peligros que representan o para tomar las decisiones que ellos no serían competentes para asumir.

La circulación de estas representaciones entre los actores que integran el sistema educativo resulta particularmente atendible pues se trata del lugar que organiza buena parte de la vida de los jóvenes. La escuela es, quizás, la institución más potente para ofrecer a los estudiantes instancias de participación que les permitan forjarse como ciudadanos futuros y, en algunos casos, como ciudadanos presentes. Sin embargo, con no poca frecuencia, las actividades que propone la institución escolar se encuentran intensamente reguladas por la mirada y por la palabra del docente. Un espacio con esas características, esto es, un espacio que invite a una participación tutelada, controlada o normalizada por el adulto, se convierte, en definitiva, en una opción artificial: los jóvenes no se organizan en torno a desafíos reales, los resultados no dependen de su propia construcción y los proyectos se estructuran en torno a objetivos pedagógicos que no siempre les son propios.

Bajo estas coordenadas, nos hemos preguntado por la experiencia de los jóvenes integrantes de un espacio de participación que, si bien funciona en una escuela secundaria, cuenta con un amplísimo margen de autonomía en cuanto a la organización y realización de sus actividades. En la periferia de la institución y con escasa regulación adulta, los estudiantes que participan en el “Grupo Juvenil” construyen sólidos lazos sociales, instituyen una legalidad consistente, forjan rituales significativos y fundan tradiciones que dan sentido a su experiencia

escolar. Sin que los docentes les digan qué hacer, adolescentes cuyas edades oscilan entre los 10 y los 19 años, conjugan un orden fundado en la consistencia del otro, símbolo del colectivo al que han elegido pertenecer.

II – La fractura, la intemperie y la reconstrucción

En un ensayo publicado en 2004, el filósofo chileno Martín Hopenhayn se refiere al desamparo como una experiencia inherente a la condición humana. El hombre es un ser precario, incompleto, efímero y sobrepasado por la naturaleza. Y en la cultura, en el otro social, encontramos algún refugio ante la intemperie ontológica que nos atraviesa:

La misma sensación de precariedad obliga a conjurarla a través de un orden compartido en que se crea un imaginario de protección recíproca. Juntos, somos menos vulnerables. Esto tanto en lo práctico como en el imaginario. De una parte, la comunidad que protege, con sus murallas reales e intangibles de la agresión externa. El orden instituido nos impone lugares relativamente estables en una jerarquía y roles que permiten certezas (...) Seguimos siendo efímeros, pero sobre un piso y bajo un techo. El desamparo no se borra y el riesgo físico o psicológico siempre acecha a la vuelta de la esquina. Pero pareciera estar muy lejos y eso nos permite vivir. (Hopenhayn, 2004: 13-14)

Sin embargo, vivimos tiempos de vínculos erosionados y certezas estalladas. Si la modernidad ha sido descrita como el tiempo en que todo lo sólido se desvanece en el aire, la tardo-modernidad, signada por el neoliberalismo, puede ser caracterizada en términos de disgregación social, pérdida de resguardos y orfandad ciudadana ante un Estado que se derrumbaba junto con otros referentes colectivos del amparo.

En Argentina, el advenimiento del neoliberalismo fue especialmente traumático. La última dictadura cívico-militar procuró la liberalización del mercado laboral pero, mientras el trabajo dejaba de ser una certeza, la desprotección de los ciudadanos se incrementaba merced a un estado terrorista que había suspendido los derechos

civiles y concretaba un plan sistemático de desaparición, tortura y asesinato de personas.

En esos años, y de la mano de un grupo de sacerdotes católicos, apareció el Grupo Juvenil en la escuela que nos ocupa. Inicialmente, se trató de una opción extracurricular que venía a sustituir al centro de estudiantes y a canalizar la efervescencia participativa de los jóvenes en un espacio recreativo, alejado de la política y atravesado por valores afines al orden establecido. Sin embargo, con la recuperación democrática, volvió la política a la institución y el Grupo Juvenil empezó a funcionar simultáneamente al centro de estudiantes.

No obstante, y aunque los militares ya no ejercían en el gobierno, las consecuencias de la dictadura eran todavía visibles. El neoliberalismo atravesaba las instituciones y gobernaba el sentido común. El éxito individual parecía ser la única opción para competir en el mercado y evitar el desempleo. Los lazos sociales se corroían junto con las instituciones y, en ese marco, un agrupamiento estudiantil que apostara por la construcción de vínculos, la integración y la formación de un sentido de comunidad era fácilmente legible en términos de resistencia, búsqueda de formas alternativas de cohesión social y refugio ante la intemperie socioafectiva reinante, aun cuando la ausencia de la política fuese, a la vez, coherente con el ideario hegemónico de la época.

En la actualidad, el Grupo Juvenil funciona de un modo muy similar a como lo hacía hace dos décadas. Sin embargo, sabemos que las prácticas sociales adquieren sentido sólo en relación con las condiciones en las cuales se producen. De allí que nos preguntemos de qué modo interpretar el hacer de estos adolescentes en una época marcada por el regreso de los jóvenes a la escena política (Natanson, 2012) y por una creciente apropiación del espacio público (Chaves, 2010) que exhibe, en definitiva, la reconstrucción de un tejido social que pareciera concederles un lugar cada vez más protagónico.

III – El otro

En nuestro trabajo de campo observamos, no sin cierto asombro, un particular modo de discursivizar los vínculos que los estudiantes construyen a lo largo de su paso por el Grupo Juvenil. Los pares, en no pocas ocasiones, son nombrados a través de significantes que encierran la idea de familia. El otro como padre o como hermano apareció con insistencia en las voces de nuestros entrevistados, como puede observarse en el siguiente fragmento:

Los jefes para mí son como papás. Como que te van enseñando lo que es el cole, y otras cosas... Yo me comprometía completamente a no defraudarlas. Porque es como te digo, es como con un papá, con tu mamá, cuando te dicen de algo que tenés que hacer, o cosas así, si no lo hacés, por ahí sentís que lo defraudás o algo... lo mismo me pasaba con mis jefes...

-Caso 32-

Se trata de significantes densos cuya resignificación podríamos interpretar en dos claves distintas. En el marco de un progresivo debilitamiento de las instituciones tradicionales (Deleuze, 1999), podríamos pensar que los jóvenes están forjando nuevas formas de vinculación social, contención y amparo en torno a filiaciones optadas que vienen a reemplazar a la familia tradicional. Pero también resultaría admisible concluir que la familia es una institución tan intensa en la vida de estos adolescentes que emplean sus significantes para nombrar otros vínculos que también implican contención, pertenencia, acompañamiento y armazón de identidades. Y aunque suene paradójico, estas lecturas no son opuestas: ambas dan cuenta de una época marcada por la reconfiguración de lazos sociales y por la invención de formas novedosas de agregación colectiva. Ambas, también, exhiben la consistencia de los vínculos forjados en el Grupo Juvenil y su significatividad para los jóvenes que lo integran.

Sin embargo, y a diferencia de los padres biológicos y de los padres psicológicos, jefes y coordinadores son, en el Grupo Juvenil, pares a quienes los estudiantes eligen han elegido para ocupar esos lugares. Tal vez porque reconocen la firmeza de una autoridad afirmada en el afecto o en la experiencia, tal vez porque se identifican con esa posición de poder que en poco tiempo ellos ocuparán o porque,

simplemente, reconocen la necesidad de construir y sostener un orden, lo cierto es que estos jóvenes valoran las jerarquías y las normas que se han dado y que otros pasados les han legado con mucha más convicción que cualquiera procedente de la escuela-adulta:

Es una autoridad a la que vos querés. No es un profesor, o un director, o un policía o alguien. Es una autoridad en la que vos confiás. Una autoridad en el sentido de que es alguien más grande, alguien que “jerárquicamente”, por así decirlo, está en un nivel superior, pero que no es como un profesor al que vos odiás, sino que es alguien que está ahí y a vos te gusta que esté ahí. Alguien que está ahí y te apoya, está ahí y te hace bien, está ahí y vos querés que esté ahí

- caso 33 –

Si estas prácticas han podido sostenerse en el tiempo, si el Grupo Juvenil ha podido forjar sólidas tradiciones que se mantienen desde hace décadas, es por su poder para cohesionar y significar la vida social de los jóvenes que se reúnen en torno a ellas. En sus voces, escuchamos una necesidad de continuar, de transmitir un legado que antes fue recibido de otro. No es más ni menos que un sentimiento de comunidad, de colectivo pero que, luego del desgarró que produjo el neoliberalismo, no puede sino valorarse como un modo de contribuir a la reparación de un tejido social en reconstrucción:

[Participo en el Grupo Juvenil] por mí y por el otro, por los dos. Es como que todo lo que a mí me dieron y quiero dar, tengo alguien a quien dárselo, alguien que lo quiere recibir, alguien que viene un sábado a las nueve de la mañana a recibirlo. Alguien que está tan dispuesto como yo a aprender lo que mis jefes me enseñaron...

- caso 33 -

IV – Comentario final

Sin pretensión de conclusividad, y asumiendo el carácter provisional de nuestras afirmaciones, consideramos que la experiencia del Grupo Juvenil pone en tensión

las representaciones dominantes acerca de los jóvenes. Si los discursos hegemónicos los configuran a partir de características deficitarias tales como el individualismo, la anomia o el descompromiso, la palabra de nuestros entrevistados ratifica prácticas que hemos observado y que exhiben una notable potencia organizativa que se sostiene en el involucramiento de los estudiantes con el colectivo al que pertenecen. En efecto, y sin que medie la presencia normalizadora del adulto, adolescentes de entre 10 y 19 años construyen y afirman un orden consistente que les permite no sólo llevar a cabo actividades complejas, sino también forjar un resguardo simbólico que los ampara ante el resquebrajamiento de las instituciones tradicionales. Tal vez, y aun asumiendo que la institución presenta características particulares que la distinguen de otras escuelas, las escenas aquí compartidas a modo de muestra nos permitan pensar en los jóvenes como sujetos competentes para crear y habitar escenarios propios, significativos y perdurables.

V – Bibliografía

Chaves, Mariana (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Deleuze, Gilles (1999). Post-scriptum sobre las sociedades de control. En *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.

Foucault, Michel (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.

Geertz, Clifford (2003): *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Hopenhayn, Martín (2004). Desamparo y exclusión social en América Latina. En M. Antonelli (Comp.). *Cartografías de la Argentina de los '90. Cultura mediática, política y sociedad*. Córdoba: Ferreyra Editor.

_____ (2005). Fuegos cruzados sobre la juventud latinoamericana (pp. 135-160). En *América Latina desigual y descentrada*. Bogotá: Norma.

Mc Laren, Peter y Henry Giroux (1998): "Desde los márgenes. Geografías de la identidad, la pedagogía y el poder". En *Pedagogía, identidad y poder*. Rosario: Homo Sapiens.

Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1998). La construcción social de la condición de juventud (pp. 3-21). En H. Cubides y otros (Comps.). *"Viviendo a toda": jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Natanson, José (2012). *¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política? De los indignados a La Cámpora*. Buenos Aires: Debate.

Urresti, Marcelo (2000): Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico (pp. 177-206). En S. Balardini (Comp.). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires: CLACSO.

Ricoeur, Paul (1996): "El sí y la identidad narrativa". En *Sí mismo como otro*. México: Siglo Veintiuno.

Saintout, Florencia (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

_____ (2010). Jóvenes y política: los límites de la aparente aporía (pp. 31-50). En F. Saintout (Comp.). *Jóvenes argentinos: pensar lo político*. Buenos Aires: Prometeo.

_____ (2009). *Jóvenes: el futuro llegó hace rato*. Buenos Aires: Prometeo.